

Qué vemos desde la escuela:

1. La fuente de la observación:

Solo hay dos observatorios "naturales o espontáneos" para captar los cambios en las relaciones entre los padres y los hijos y, en un sentido más amplio, entre las generaciones¹. El otro observatorio es el del investigador, pero de eso no vamos a ocuparnos, entre otras cosas, porque suele ser una especialización de los otros dos.

Resulta curioso, pero fácil de entender, porqué la familia no es uno de ellos. Los juicios comparativos sobre las épocas de padres e hijos, suelen estar precedidos por sutiles ajustes de cuentas con el pasado o por convenientes exageraciones de los rasgos de una u otra época, ya sea para imponer privilegios o conquistar derechos, cosa apenas natural en el contexto de una lucha entre las generaciones, por adueñarse de la propia historia.

Los mayores han olvidado casi del todo los elementos fundamentales de las relaciones con sus padres, pues la tarea educativa les impone la necesidad de remitirse a las exigencias que debieron afrontar en su infancia y en su juventud. Hay además, una razón práctica: El tiempo de la familia, una generación, se agota en sí misma. Unos padres pueden observar muy bien el crecimiento de sus hijos, pero nada más que de ellos.

La escuela y la consulta privada, terminan siendo los observatorios de los cambios, y no porque ellas mismas siempre lo quieran o lo busquen. Si por consulta privada entendemos no solo la del analista, sino también la de los psicólogos, consejeros y confesores, casi podríamos atrevernos a afirmar que tan solo el analista, en razón de las tradiciones de su oficio y las exigencias metodológicas, lo debe hacer de manera plena.

La Escuela no suele tener mucho interés en ello. De manera individual, los maestros que han permanecido por mucho tiempo en el oficio y alcanzan alguna independencia de las servidumbres que les impone su tarea, logran desprender su conciencia de las idealizaciones y doctrinas que les acompañan por años, y desvían la mirada hacia la búsqueda de explicaciones que vayan más allá de la inconformidad con los nuevos tiempos o de reclamo airado por los

¹ Es justo aclarar que a este tipo de observación, se escapan las familias y niños del campo, que para mediados del siglo pasado ocupaban casi el setenta por ciento de la población colombiana. Las migraciones forzadas, aceleraron el proceso denominado como "descomposición del campesinado". Hoy por hoy, la población urbana es mayor del 70%. Ahora bien, la niñez campesina, al menos en las cabeceras municipales, también estaba metida en las redes que más adelante se describen.

excesos pretéritos.

La escuela es más bien reactiva frente a los cambios, además de no ser uniforme en su esencia. Hay una distancia enorme de la materialidad concreta de la enseñanza pública, cuya historicidad es casi la misma de las normas que la organizan y administran, un poco perturbada ciertamente por la política de los sindicatos de maestros, a la escuela confesional determinada en su orientación formativa por la adaptación a la realidad de las iglesias propietarias, y a la escuela laica, bastante escasa en Colombia.

Cada uno de estos tipos de escuela, tiene por fuerza una actitud frente al pasado o a la comparación entre las épocas. La escuela confesional, suele reconocer con precisión los cambios pero, obnubilada por lo general en sus valoraciones religiosas del mundo, usa ese reconocimiento para buscar la forma de reforzar sus dispositivos de control. La escuela pública no reacciona desde su interioridad, sino que lo hace llevada de la mano de las disposiciones de los funcionarios y, con cierto retardo, en las respuestas que los políticos procuran darle a sus electores.

La escuela laica, por su parte y al menos en el caso de Colombia, no difiere gran cosa de la escuela confesional, porque obedece al interés de grupos sociales por evitar la movilidad social. En consecuencia, el intento por comprender los cambios, se inscribe también en la búsqueda de técnicas para enfrentarlo o minimizar sus efectos.

En cuanto a la escuela laica, son poquísimas las excepciones de sinceras expresiones democráticas, que se interesen por insertarse de manera creativa en la dialéctica intergeneracional.

Es desde la muy particular experiencia de una escuela laica, desde donde surgen las observaciones acerca de las características de las familias, los niños y los padres de hoy. He preferido que sea la mirada del maestro, la que ilustre este aporte modesto al libro. A veces, es casi inevitable, se filtran algunos juicios de valor. Resulta que las exigencias que tiene el oficio de maestro, imponen un cierto compromiso con algo, con una meta formativa, por lo que uno tiende a inscribir las consecuencias de las cosas en ese horizonte.

Los maestros, además, necesitan como casi todo el mundo, unos puntos de vista más o menos sólidos y estables, contrastables con la experiencia de la vida diaria en el oficio, que les sirvan de piso para poder mantener la unidad de su propio yo, frente a los cambios del entorno. Eso introduce cierto "conservadurismo" en la observación y por supuesto en el juicio. No podemos

esperar que el maestro esté siempre alerta a los cambios en sus alumnos, para comprenderlos. Antes bien, su tendencia, como la de casi toda la gente, no apunta a la comprensión sino a la supresión del fenómeno, a la lijadura de la variación y, si puede, de las causas de la misma. Igual cosa le pasa con los cambios que observa en los padres, aunque en este caso, la conciencia de los maestros se ve más presionada por fuerzas externas, como sucede en las pautas de comportamiento que le exigen los colegios confesionales. La necesidad de trabajar para sobrevivir, le puede llevar a hacer pactos con las instituciones, que terminan en un repudio de lo que concluyen a partir de sus observaciones, para dejar instalar en su conciencia, el modelo interpretativo producido por la comunidad religiosa o por las directivas del colegio.

2. Adultos y niños ayer:

Hay que tener en cuenta, que la gran mayoría de los padres de los menores de quince años matriculados en el 2006, lo mismo que los maestros, son personas que llegaron a la escuela a fines de los años sesenta. Al menos en Colombia, y hasta donde tenemos noticia en casi todo Occidente, se estaba operando por ese tiempo, un cambio muy profundo en los dispositivos escolar y familiar. De hecho, en Europa y Norteamérica, las doctrinas de la posguerra, habían impuesto fórmulas menos autoritarias, en las relaciones entre padres e hijos y entre maestros y niños. La crisis de la iglesia católica, desatada a partir del concilio Vaticano II, pegó muy fuerte en sus colegios y, al menos por una década, sus fórmulas educativas y de relación con los niños, padecieron una gran inestabilidad. Pero no solo las instituciones estaban en crisis. Se estaba formando una nueva mentalidad planetaria, acerca de los asuntos fundamentales en la vida de la gente, y que ocupan casi todo el espacio afectivo de los niños mayores y de los jóvenes: El sexo, el amor y la libertad. El sostenimiento de las prácticas y verdades tradicionales, en asuntos como la crianza de los hijos, matrimonio y divorcio, las relaciones de pareja, se volvió insostenible en el campo minado de la nueva mentalidad.

Y no es de menor cuantía un asunto elemental en los fundamentos mismos del matrimonio: En aquellos tiempos, el grupo social y familiar era una determinante en la elección de pareja, más importante aún que el amor. Las mujeres eran formadas para casarse con el mejor partido dejando de lado el amor, pues éste, como le aconsejaban las madres a sus hijas "vendrá con el tiempo, como me pasó a mi con su papá". Pero cuando el prerrequisito pasa a ser el amor, el matrimonio pasa a compartir casi que su misma duración. Lo que era condenable, se torna lícito.

Tal vez dentro de treinta años, ya no tenga sentido volver a hablar de esa transición, acontecida en la segunda parte del siglo XX. Pero todavía hoy la tiene, no solo la transición, sino lo que estaba antes, porque siguen produciendo efectos, no solo institucionales, sino desde el propio inconciente. Cuando los niños de hoy sean los abuelos, se habrá iniciado otro ciclo en la mentalidad, a menos que el proceso sea acelerado por un cataclismo nuclear, un severo cambio climático o hasta la llegada de los extraterrestres...

Hasta hace dos generaciones, la invocación a los estilos y valores del pasado, armaba un discurso suficientemente sólido para los padres. La escuela y las instituciones dueñas del poder moral, servían de protección o salvaguardia para ese discurso y los hijos no tenían muchas alternativas para escapar a su control.

La interpretación de las leyes por parte de los jueces y otras autoridades, así como las mismas leyes, duplicaban sin grandes distorsiones el discurso de los adultos. Apenas si había adaptaciones de tiempo, modo o lugar, para que éste fuese más coherente y menos susceptible a los ataques de los menores, en la búsqueda de grietas, que les sirvieran para perforar el dispositivo parental.

Instituciones, formaciones discursivas particulares, sujetos y comunidades, se remitían y apoyaban unas a otras y en cierto modo, podría afirmarse que el universo de los hijos o de los menores, no lograba articular un discurso propio, más allá de los límites de la parcela familiar o los muros del colegio.

La única posibilidad objetiva de trascender esos pequeños universos, estaba dada por la literatura y eventuales producciones políticas o pedagógicas, que alcanzaban a caer en las manos de los menores. Sin embargo, no era una tarea fácil esa de penetrar la censura sobre la literatura o el cine. Más aun, la conversación o el contacto entre grupos diversos, era objeto de control. De ese modo, se dificultaban de manera enorme, las construcciones de dispositivos argumentales surgidos de la apropiación de experiencias ajenas.

Ahora bien, la eficacia del control contaba con un incipiente desarrollo de los medios de comunicación. No podemos olvidar que el radio individual que se llamaba "el transistor", la televisión, y la circulación libre de las revistas, apenas se generaliza a fines de la década de los sesenta, y eso que tan solo en las zonas urbanas y para los sectores de ingreso medio en adelante.

Se sorprenden mucho los jóvenes de ahora, al enterarse de que hasta hace no más de cincuenta

años, había listas de libros prohibidos, clasificaciones morales de las películas que iban desde las "prohibidas para todo católico" hasta Walt Disney y cruzadas morales universales y efectivas contra ciertos bailes, como el Twist o el Rock and Roll.

Si pensamos el asunto en términos de autonomía de los sujetos o grado de sumisión ante las instituciones, tendremos que decir que había una diferencia de calidad bastante apreciable: Los padres, con las pocas excepciones de grupos sociales intelectuales urbanos o de la aristocracia rural, aceptaban el poder de la máquina escolar, pero no tanto por respeto a la escuela misma, como porque detrás de ella estaba la autoridad eclesiástica. Esto era válido no solo para la escuela privada, puesto que la iglesia controlaba la vida de todos los maestros. Era el poder moral en la ciudad y en el campo, que actuaba como fiscal permanente de las actuaciones escolares.

Más aun: Nadie hablaba de la formación en valores. No había textos didácticos sobre la materia ni aparecía en las cartillas de calificaciones o en los programas oficiales. Después de todo, ¿para qué si los valores de entonces no estaban puestos en cuestión?

Las clases de religión católica eran obligatorias hasta el undécimo grado. El catecismo del Padre Astete se aprendía de memoria. El misal o librito para seguir la misa, hacía parte de la dotación del colegial. La misa solía ser cuando menos semanal y obligatoria en los colegios, incluidos los públicos y los pocos laicos, para todos los alumnos. Los más grandes eventos escolares, estaban atravesados por la liturgia o las festividades religiosas: Primeras comuniones, confirmaciones, procesiones del Corpus o del Sagrado Corazón. Toda celebración tenía por centro a misas y capellanes.

En cierto sentido, los padres tenían el apoyo de una gigantesca máquina social, de una ortopedia católica, orientada a la educación de los cuerpos en primer término, como condición para la educación de las mentes.

Escaparse a la máquina, o intentarlo, suponía el pago de un alto precio. Las puertas de los colegios se cerraban en las narices, las familias miraban con desdén, la prensa condenaba.

Podría decirse que había un intercambio de silencios, entre padres y escuelas, a propósito del ejercicio de la autoridad sobre los menores. Ese intercambio de silencios, garantizaba que prácticas bárbaras o violentas de la familia o de la escuela, jamás salieran a flote. En unos casos, la rudeza del maestro y hasta su brutalidad, eran justificadas y por qué no, aconsejables, debido al espíritu rebelde de un niño que parecía endemoniado; en otros, el hijo debía soportar el castigo severo, demandado por la insolencia del hijo, al cual debería desde temprano enseñársele a

respetar el principio de autoridad..

Los maestros de carácter dócil y amable, enemigos por naturaleza o por convicción del trato cruel, eran calificados de madres, término que sobrevive, pero más para designar la actitud blanda o complaciente ante las calificaciones.

Hasta dónde era permitido actuar para formar a un niño? Tengamos presente que la analogía entre padres y maestros era casi perfecta, incluso en su materialidad. Los internados y semi-internados eran cosa corriente. Además a casi todas las maestras, se les llamaba "señoritas" cuando no eran religiosas, y eso que en algunos contextos, debían ser célibes. Después de todo, cuántas mujeres casadas y "decentes", habrían dejado a sus hijos solos para irse a trabajar cuidando hijos ajenos?. Abundaban las monjas y los maestros sacerdotes o hermanos, adscritos a las comunidades religiosas propietarias de colegios. Así, el magisterio cumplía con una regla muy simple para poder ser considerado como padre de sus alumnos: No tenía más hijos que aquellos jóvenes.

Una Maestra podía atar con fuerza, a una silla, a un niño de siete años con la ayuda de algún asistente. Luego, le podía amenazar con enterrarle una aguja por el oído derecho, para poder detectar y corregir una anomalía, según la cual, a ese niño le salía por un oído lo que le entraba por el otro. No habría quejas de la familia.

Un maestro podía también reventar una regla de madera, contra la palma de la mano de un niño. O bien, le podía llevar arrastrado de la oreja o del pelo, por un largo pasillo, rumbo a la rectoría. Tampoco habría queja².

En cierto sentido podría decirse que las relaciones entre la escuela y los padres, era de común acuerdo en torno a los procedimientos y los fines. Lamentablemente, en casos extremos, era también de complicidad.

Un dato curioso: En el reglamento de disciplina del Liceo Antioqueño³, a principios del siglo XX, se consideraba la posibilidad de tener en calabozo, al alumno desobediente. Una de las torres del viejo edificio de San Ignacio, servía para tales fines. Y eso que se trataba de una institución pública.

2 Todavía hoy, según American Righth Watch, 65 países permiten el castigo corporal de los niños en la escuela. Véase http://hrw.org/spanish/inf_anual/2002/ninos.html

3 El Liceo Antioqueño fue el más importante colegio de bachillerato de Medellín por mucho tiempo, adscrito a la Universidad de Antioquia y cerrado a fines de los años 80.

3. Los hijos de aquellos:

La Escuela no "ve" la realidad. La Escuela ve lo que puede. En otras palabras, buena parte de sus observaciones sobre los padres y los niños de hoy, se deben a las alteraciones o cambios en la composición de sus propios "órganos perceptivos", para decirlo de alguna manera. Hay algunos hechos acaecidos en los últimos treinta y cinco años, para tener en cuenta y que configuran la mirada de la escuela en el presente. Ellos, de manera sucinta, son:

☞ Desaparecen las escuelas normales, en las cuales se formaba a los maestros en la pedagogía clásica y por lo tanto, en las imágenes tradicionales de la infancia.

☞ Pululan las Facultades de Educación y con ellas se da el advenimiento de los modelos neurológicos del aprendizaje, del conductismo y de una cierta descomposición del niño en "aspectos" o factores, tantos cuantas "ciencias de la educación" haya.

☞ Cambia de manera radical la composición del magisterio. Ya no son hombres y mujeres dedicados hasta doce horas diarias al mismo grupo de alumnos, y más si se trataba de religiosos.

☞ Aparecen las dobles y triples jornadas en un mismo establecimiento y con ellas, aumenta la desatención de los niños en todos los colegios. Ahí se produce un desplazamiento al psicólogo escolar, psicoorientador o consejero, y de éste, de manera sencilla y expedita, la remisión al médico.

☞ En la base de la escuela, hay un fenómeno también nuevo: la educación preescolar. Surgió de manera espontánea. Nadie se había ocupado hasta entonces, de la formación de maestros para los menores de seis o siete años.

☞ Crecen la educación laica y los colegios privados de propiedad de cooperativas de padres, sociedades anónimas y otros particulares.

☞ La educación mixta se generaliza.

☞ Se modifica de manera gradual el Concordato entre Roma y Colombia, hasta desaparecer sus efectos en la escuela.

Mientras tanto, del lado de las familias, se están produciendo hechos fuertemente asociados, algunos de ellos, a los cambios en la escuela:

☞ Se produce la primera gran cosecha de matrimonios separados.

☞ Se multiplica la vinculación de las mujeres a la vida laboral.

☞ Desaparecen la censura del cine y hay una cierta laicización general de la vida diaria, que facilita la posibilidad de hablar de la sexualidad, de la autonomía individual y, muy en particular,

del "libre desarrollo de la personalidad".

☞ Los menores conquistan la vida nocturna lejos de la mirada de los padres. Salen de las casas y se toman las calles.

☞ Las relaciones sexuales extramatrimoniales, reciben su legitimación social.

☞ El control de la natalidad y el sexo por placer, arrinconan el discurso del sexo para procrear.

Entre lo que se veía antes de los padres y los niños desde la escuela, hasta hoy, se han interpuesto todas esas cosas y más. En cierto sentido, sin embargo, no podemos decir que los niños hayan cambiado. A veces, con las viejas maestras, nos dedicamos a mirarlos en sus juegos, a reconstruir sus razonamientos, a tratar de entender sus problemas. Detrás de la imagen del medicalizado niño hiperactivo de hoy, la maestra encuentra en su memoria a otros niños que ya son adultos, idénticos en su andar, en sus modales, en sus necesidades. Es como si el tiempo estuviera congelado.

Pero también es cierto que resulta imposible separarlos de lo que son sus dificultades diarias, sus relaciones con los padres, su posición en las familias y en la misma escuela. Ahí, en esa perspectiva, si se perciben grandes diferencias y se revela con fuerza la dinámica social.

Cómo son esas familias, qué intereses tienen, qué esperan de sus hijos? Hay algunos caminos para saberlo. Exploremos solo uno, derivado de la observación directa.

Qué le preocupa a los padres de hoy?

Por varios años seguidos le hemos estado preguntando a los papás, cuáles son los asuntos a los cuales les dan mayor importancia, por ser cruciales en la formación y cuidado de sus hijos. La pregunta no ha sido formulada basada en motivaciones científicas sino pedagógicas, pues a partir de las respuestas, se ha intentado programar algunos eventos, orientados a enriquecer el pensamiento de los padres.

De manera reiterada, aparecen dos grandes inquietudes, cuando menos desde los padres de niños cercanos a los cuatro años, hasta los padres con hijos en segundo o tercero de primaria. Ellas son:

☞ ***El manejo de la autoridad y sus conexos***, como son la obediencia, la autonomía, el premio y el castigo, la norma, la libertad.

☞ ***La sexualidad***. En los padres de los niños menores, preocupa sobre todo, cómo dar respuesta a la curiosidad de sus hijos. Pero cuando se trata de los mayores, el interés deriva a la educación sexual, aunque más exactamente, sus preocupaciones se orientan al advenimiento de las relaciones sexuales.

En los mayores, podemos reconocer un temor bastante fuerte hacia las drogas y el alcohol, las fiestas de los adolescentes y sus riesgos paralelos.

No despiertan mayor inquietud la anorexia - bulimia, el rendimiento escolar, las técnicas de estudio, la enseñanza de las artes, la nutrición, los deportes, la salud y ni siquiera la orientación profesional en los padres de los alumnos más grandes⁴. Cuando aparecen, se asocian a alguna problemática concreta que clama por intervención.

A partir de las preocupaciones con la autoridad y la sexualidad, presentemos algunos rasgos notables actuales, de los padres y los niños, advirtiendo que no se trata de casos aislados, sino que alcanzan una proporción importante y tienden a aumentar. Dicho de otra manera, hace quince años, estos eran uno entre mil. Ahora, pueden llegar a ser de quince a veinte veces más frecuentes, cuando menos.

La autoridad y la supervivencia.

- "Les pido el favor de que castiguen a mi hijo, pues yo no soy capaz!". En esos términos, sin más ni menos y de manera directa, una madre se dirigió a la maestra. Nos ha dicho que no sabe cómo conseguir algo de él, como no sea dándole gusto en todas sus demandas. . En el salón, a sus seis años, no llama la atención de manera especial. No difiere gran cosa de los otros, aunque es un poco más necio.

No es la única madre joven y angustiada, porque no sabe si castigar o no a su hijo. Hemos visto a otra, llevándole el almuerzo a su niña, casi al escondido, porque fuera del colegio no le recibe comida.

- A mi me preocupa mucho qué va a ser de mi hijo. No puedo regañarlo y pegarle ni imaginar. Pero él puede hacer todo lo que quiera. Si arma una pataleta en el almacén, la gente se queda mirando a ver qué hago. Nadie me ayuda, pero todos esperan que yo le hable duro, lo pellizque o lo amenace con una pela. Entonces, ahí sí, me miran como si fuera una criminal."

Hace poco, en la televisión española, una maestra resumió el asunto en estos términos: "Es

4 Es cierto, no obstante, que la presión del mercado se deja sentir de manera muy fuerte, en un par de asuntos, que han cobrado una fuerza enorme en las familias: La enseñanza del inglés y los computadores. La gente tiende a creer todavía, que es verdad el slogan según el cual, el monolingüismo y el desconocimiento de la informática, son las nuevas cárceles del alma y causas de la ruina económica. Tanto es así, que una oferta educativa exitosa con toda seguridad, es aquella que ofrezca este par de enseñanzas, como el asunto capital del nuevo negocio. Aun en sectores intelectuales y empresariales cultos, se actúa con la prudencia de la vieja intelectualidad antioqueña irreligiosa, descreída toda una vida, pero que pedía los santos óleos en el momento final "por si acaso".

increíble que los niños oyen su primer NO, solo cuando llegan al colegio!"

-Cuando era niña, mi mamá me castigaba si yo no le obedecía. A veces quisiera hacer lo mismo con el niño, pero no soy capaz. Una psicóloga me dijo que debía hacerle entender que hay normas. Muy bien. Y cómo?.

Cualquiera puede afirmar que en estos ejemplos, se le carga la mano a las mujeres. Pero qué le vamos a hacer. Suele suceder que ese temor a la libertad de los hijos y la incapacidad para desarrollar en ellos el respeto por la norma, va acompañado por una inhibición del ejercicio de la paternidad, por diversas razones y procedimientos, entre las cuales, la más común es la separación de los padres.

Hay también casos en los cuales la familia de la madre, aparentemente compuesta solo de mujeres, interviene con todo el peso de la ley poniendo denuncias contra el padre, y conminando al colegio a prohibirle la entrada al progenitor.

Pero también aparece el caso del "niño despótico", realmente peligroso para sus compañeritos, que cuenta con un decidido impulso paterno hacia la violencia. Con un niño así, la maestra sabe los lunes si aquel estuvo el fin de semana con su padre. Si el niño está sereno, es una muestra clara de que pasó el tiempo con su mamá y su padrastro.

Es fácil sentirse tentado a generalizar. Pero parece ser -advirtiendo que esta afirmación no tiene soporte investigativos preciso-, que evoluciona más fácil en el sentido de acogerse a las normas, aquel niño cuya madre es incapaz de ejercer autoridad, que el niño criado en un ambiente de violencia, en particular cuando uno de sus padres hace de aquello una virtud y hasta un rasgo distintivo de prestancia social.

No es tan cierto que todos los niños, o siquiera la mayoría, que carecen de normas y ejercicio de autoridad en sus casas, reproduzcan las actitudes del príncipe maleducado, dueño de todos los privilegios e inmune a las prohibiciones. Y es mucho menos cierto, obviamente, que la mayoría de los niños sea así. La verdad es que la falta de límites en la casa, es suplida por los límites que se imponen en la escuela. La mayoría de los padres que son inseguros para imponer las normas por su propia iniciativa, permiten que el colegio lo haga. Al menos en el contexto de referencia, en un grupo de niños que van desde cerca de los cuatro años hasta los siete, nunca tenemos más de un uno o dos por ciento de niños "despóticos".

La posibilidad de que una familia no acepte ni la más mínima intervención disciplinaria del colegio, no aparece nunca. Puede que en determinadas situaciones, el desacuerdo con alguna

acción de los maestros lleve a uno de los padres a verbalizar ese deseo, pero son situaciones pasajeras de rechazo a la escuela o al maestro.

Quizás el inconciente le juegue una mala pasada a quienes creen que se están formando generaciones de monstruos, incapaces de afrontar las frustraciones y que no pueden postergar la satisfacción de los instintos. De la pura inseguridad paternal frente a la norma, solo podría afirmarse que se da paso al déspota, si no hubiese escuela o por lo menos alguna institución, así sea de existencia volátil como las barras o patotas de muchachitos.

No podemos desconocer que los niños entre sí, construyen sistemas de poder y de obediencia, normas y maneras de actuar, que en cierto sentido sustituyen las propias del mundillo familiar. La supervivencia constituye la clave de esa fórmula⁵.

El buen manejo y el éxito escolar.

"Yo no necesito tomar eso. ¿No ve que la semana pasada mi mamá me mandó una pastilla para la presión y me manejé bien?". Fernando⁶ ya empezó bachillerato. Desde hace unos cinco años está tomando ritalina, para controlar su tendencia a enredarse en pequeños pleitos con sus compañeros y desobedecer a sus maestros. Es un muchacho educado, inteligente y hasta brillante. Es muy probable que dentro de un año, ya no de motivo para que le obliguen a seguir el tratamiento. No obstante, su madre recomienda el uso general y masivo del medicamento, incluso para los compañeros de Fernando, a los cuales a veces ha acusado de ser los culpables de su "desorden". Ella es una mujer impulsiva y agradable, que desde la infancia del niño, declaró su incapacidad para criarlo. No vacila en declarar que todos los logros educativos de su hijo, se los debe a la ritalina y a su médico. Según ella, lo mejor y casi lo único que ha hecho el colegio, ha sido "soportar" a su hijo.

Alguna vez, en medio de una conversación incidental pero interesada sobre la hiperactividad y el déficit de atención, con un médico neurólogo que atiende niños en su consulta privada, este afirmó: "De diez niños a los que les receto ritalina, apenas uno o dos en realidad la necesitan. Si se la receto a los otros, es para que esos papás no los acaben". La cuestión es muy simple: Mientras más estrecha sea la tolerancia del colegio, más ritalina estimulará porque más niños

5 Winnicott ilustra bien este punto, en un capítulo de "El niño y el mundo exterior", Ed. Hormé, Bs. As. 1980, pags 187 y siguientes, capítulo titulado "Aspectos psicológicos de la delincuencia juvenil"

6 nombre cambiado.

serán declarados hiperactivos o deficitarios en su atención⁷.

Sin duda alguna, la escuela es capaz de modelar la decisión final, acerca del tratamiento más adecuado. Las insistentes llamadas a los padres urgiéndoles a "resolver ésto", precipitarán el recurso psiquiátrico. Si por el contrario, la escuela muestra paciencia y no exige respuestas inmediatas, abre la puerta para que la terapia analítica entre.

Por lo general, es la misma estructura escolar la que precipita los síntomas. Al fin y al cabo, casi ningún colegio es capaz de adoptar el modelo de Neill⁸, en parte por desconfianza y en parte por los costos que ello supone. Tal vez este sea el único modelo capaz de dejar apreciar la invariabilidad de la niñez o, dicho de otro modo, que puede poner a salvo a los niños de los cambios y contingencias de la familia y de las presiones a veces brutales del medio.

Los padres quieren que sus hijos no sean una fuente de preocupación. Aspiran a tener unos muchachos cuyo desempeño escolar sea bueno o pase inadvertido. El objetivo es, a la larga, obtener el bachillerato. Ellos son los depositarios de todas aspiraciones familiares. Solo que a veces, los sueños de sus padres se les convierten en pesadillas.

Las primeras quejas del colegio sobre el comportamiento de un niño, suelen constituir un drama para los padres jóvenes, que no captan la dimensión de los hechos, por pura falta de experiencia. Ellos casi siempre reaccionan con mucho miedo y son presa fácil de los consejos de sus familiares o conocidos, de los artículos de las revistas que circulan los fines de semana con los periódicos y, naturalmente, de los peores pronósticos sobre el futuro de su hijo.

Casi nadie sabe lo que pasa por la cabeza del niño, cuando se desatan estos dramas familiares. Lo que si alcanzamos a ver, es un cierto alelamiento en el salón de clases, unos cambios súbitos en su comportamiento con el maestro y variaciones en su carácter en el trato con otros niños. Tanto es así que, a partir de esos signos, la escuela puede, si quiere, reaccionar a tiempo.

Los eufemismos. Cómo matar el deseo.

"A las cosas hay que llamarlas por su verdadero nombre: pene y vagina". La gente está más o

7 Tengo la convicción de que se ha disparado su consumo por lo menos desde hace dos años, cuando entre alguna prensa y el Ministerio de Educación, han decidido poner todo el énfasis de la escuela en las pruebas de estado. Muchos colegios han adoptado los procedimientos que solo algunos empleaban, para garantizar esos altos resultados: Una temprana normalización de los alumnos, seguida de mecanismos de purga para garantizar que "solo los mejores" lleguen al undécimo grado y, por supuesto, obtengan altos puntajes

8 Un colegio como Summer Hill, ideal para muchos entre los cuales me cuento, tiene desafortunadamente unos costos muy elevados, cercanos a los 8.000 dólares anuales, imposibles para el 99% de las familias colombianas.

menos informada de las tesis de Freud, así repitan todos los días dos o tres fórmulas fáciles contra el psicoanálisis. Al menos las familias de las clases acomodadas, tienen muy claro que hay una sexualidad en los niños.

En realidad muchos papás actúan como llevados del deseo de que eso no fuera cierto. Sus primeras preocupaciones empiezan cuando el niño llega del colegio y cuenta que otro muchachito le tocó sus genitales en el baño. Y son grandes preocupaciones.

A partir de sucesos parecidos, vienen las preguntas de los papás, acerca de la educación sexual. Muchos quisieran textos escolares sobre el asunto y como resultado, el mercado provee algunos ensayos. A decir verdad, el arsenal didáctico que podrían tener los colegios, podría parecerse a una tienda de juguetes para adultos.

Inevitable recordar a Foucault cuando, en un articulito titulado "*No al sexo rey*"⁹, decía que de tantos ensayos hechos por occidente para hacer desaparecer la sexualidad, la última estrategia consistía en hablar de ella por todas partes, en hacerla obsesiva, perseguidora, cansona, en una palabra ¡indeseable!.

Ese intento de silenciar al sexo empieza, quien lo creyera, por el recurso "a los nombres verdaderos", y a las "explicaciones precisas". Mucha gente cree que al prohibir las palabras pipí o cosita, no pasa nada. Saltan por encima de la prohibición, como si no la vieran. Su repugnancia a un nombre sexualizado y a toda la serie creativa de nombres similares, les lleva a fabricar la ficción de que mediante los términos médicos, desaparecen la curiosidad y los "malos deseos". Cosa curiosa, terminan usando esos términos como si fueran eufemismos.

Es que las descripciones anatómico fisiológicas, remiten casi de manera inevitable, a la sala de disecciones. Nada mejor, como estrategia para combatir la sexualidad, que despojarla de sus signos vitales.

Anotemos de paso, que esa tarea por eliminar sus restos, ha llevado a una empresa de proporciones colectivas a mucha gente, tal vez como reacción contra lo anterior y, probablemente, como consecuencia de la liberalización del sexo entre las mujeres. Las palabras que suelen usarse en un contexto sexualizado, están siendo hoy por hoy objeto de una prohibición absoluta, sobre todo entre las gentes de más baja educación y mayor debilidad cultural, arrastradas por la idea de que una "mejoría" en su vocabulario, les permite mejorar

9 Ignoro, o no recuerdo, si fue publicado o cuándo. Me lo envió traducido hace muchos años, mi recordado amigo Edgar Garavito Pardo.

también su status¹⁰.

Pero no solo con un cambio en el vocabulario o con las explicaciones escatológicas se quiere silenciar al sexo. Las técnicas que usaban los seminarios para controlar las urgencias de sus aspirantes, poco a poco se van trasladando a los colegios, al menos como una demanda: Muchos padres quieren menos tiempo libre para sus hijos, más tareas, más deportes, más vigilancia. Pero la mayoría, aparentemente, tiene resuelto el asunto y no expresa grandes temores.

En alguna medida, el incremento en el número de hijos de madres solteras o de padres separados, ha elevado también la preocupación por la identidad sexual de los niños. Sin embargo, suele haber una respuesta intuitiva y no traumática para estas inquietudes.

En cuanto a los niños, con el sexo, nada parece haber cambiado.

Una consideración final: Es probable que se ponga demasiado énfasis en la novedad de los hijos que están creciendo con uno solo de sus padres. Hace poco, preocupados por las notables diferencias entre un grupo y sus similares, nos encontramos con que casi las dos terceras partes de los alumnos del salón, vivían con uno solo de sus padres. Ahí parecía estar la explicación de todo. Pero al extender el examen al resto de los grupos del colegio, nos llevamos una sorpresa: Ni el rendimiento escolar ni la disciplina del alumno, están determinados por si están o no sus padres viviendo juntos. Lo que define estos aspectos, es qué tanto alguien se ocupa de ellos, trátase de uno de sus padres, de un tío, o de la abuela.

10 Así por ejemplo, ya no usan el verbo hacer, peligrosamente asociado a hacer el amor, sino que usan el realizar. Evitan decir "deme la hora" y dicen "regáleme", para no incurrir en el uso del verbo inmoral. Ese es también el origen del colocar, que tapa al poner.